



www.loqueleo.com/ec

© 2012, Edna Iturralde

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-932-4

Derechos de autor: 53353

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Febrero 2018

Segunda impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Pablo Lara

Actividades: Joan Ashwell

Investigación textos adicionales sobre el manglar: Gabriela López

Corrección de estilo: Mauricio Montenegro

Diagramación del libro: Ramiro Jiménez

Diagramación del cuaderno de actividades: Laly Moreno

Supervisión editorial: Gabriela Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Muestra
promocional

Prohibida su venta

María Manglar

Edna Iturralde

© Santillana



loqueleto

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

Capítulo uno	9
Capítulo dos	24
Capítulo tres	34
Capítulo cuatro	44
Capítulo cinco	52
Capítulo seis	62
Capítulo siete	68
Capítulo ocho	78
Capítulo nueve	87
Capítulo diez	95
Capítulo once	103
Capítulo doce	111
Capítulo trece	119
Capítulo catorce	131
Capítulo quince	137
Capítulo dieciséis	146

Biografía	157
Cuaderno de actividades	159

Capítulo uno



Cuando Macario Alonso se encontró por primera vez con María Manglar llevaba día y medio sin comer. Cargaba una olla llena de conchas prietas y la boca le salivaba mientras buscaba palos secos para armar una fogata y cocinarlas ahí mismo. Y es que, después del ayuno impuesto como castigo por escaparse al pueblo para ver los juegos pirotécnicos de la fiesta de Santa Rosa, el hambre pateaba su estómago como mula resabiada.

9

Fue al agarrar un palo seco que oyó aquel gemido suave.

Macario se detuvo y esperó, por si acaso escuchaba también el silbido que, según dicen los entendidos, emite el Duende. De haberlo escuchado, habría salido corriendo sin detenerse

hasta cruzar por el estero que separaba el manglar de su casa.

10 Solo los gritos de las gaviotas acompañaron sus pensamientos mientras recordaba algunos detalles de la leyenda. Primero, el Duende se aparecía a medianoche. Segundo, silbaba en busca de las muchachas bonitas que salían a escondidas de sus casas pensando que sus novios las llamaban.

Macario sacudió la cabeza y se alzó de hombros sin temor. Era de día. Los rayos del sol se filtraban derechitos entre los árboles de mangle. Lo demás... pues no iba con él.

El gemido se repitió.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Macario con curiosidad, rascándose el cuello por una picadura de mosquito.

Nadie contestó.

Caminó hacia un árbol de mangle muy grande, el más alto de la región, al cual llamaban el Padre Manglar. Macario se puso en cuclillas. Allí, junto a las enormes raíces aéreas, encontró huellas de unos pequeños pies.

El muchacho volvió a rascarse el cuello, sospechando que se trataba de Rosendo, su hermano menor, que lo andaba buscando.

—¡Ajá! Vienes a pedirme perdón por chismoso. De nada te servirá, sinvergüenza. Teníamos un trato. Así que olvídate de que te lleve a pescar conmigo —amenazó con mal humor, agitando el palo grueso que sostenía en la mano.

Como respuesta, el gemido se alargó como el lamento de un animal herido. Macario utilizó el palo para buscar entre las tupidas raíces del mangle. El gemido se convirtió en llanto. El muchacho retrocedió, soltando el palo. Esperó un momento y se agachó para recogerlo. Sin embargo, unas manos chiquitas cubiertas de lodo lo agarraron con fuerza y lo lanzaron lejos.

—¿Conque esas tenemos? Pues allá tú, Rosendo. Si te has lastimado no me importa —advirtió Macario a su hermano menor—. Ni voy a jugar contigo ni te hablaré por el resto de mi vida. Me voy a cocinar las conchas y tampoco las compartiré contigo —añadió con el ceño fruncido.

Pero se quedó ahí. Las amenazas eran una cosa, y otra, que quería mucho a su hermano, a pesar de que fuera lengüilargo, y no lo podía abandonar así como así, no después de haberlo escuchado llorar de esa manera.

12 Se puso a gatas y metió el rostro entre las raíces del árbol de mangle. Unos ojos dorados en un rostro negro lo miraron sin pestañear. Macario se puso de pie de un salto. El pensamiento del Duende se enmarañó en su cerebro como tela de araña rabo amarillo.

Cuando quiso echar a correr, algo le sujetó con fuerza su tobillo izquierdo. El muchacho tiró de su pierna sin atreverse a ver qué lo detenía. En medio de la bruma del miedo, cayó en cuenta de que lo que lo sostenía no tenía unas uñas largas ni curvadas como dicen que tiene el Duende. Esto lo tranquilizó lo suficiente para voltear a ver. Eran las mismas manos pequeñas que habían lanzado el palo.

—¡Suéltame! ¡Suéltame, en nombre de San Miguel bendito! —gritó con todo el vigor de

sus once años, convencido de que se trataba de una aparición diabólica.

—¡Ayúdame! —pidió la voz delicada de una niña—. Necesito tu ayuda.

La voz y las manos pertenecían al mismo ser. A pesar de ello, el miedo seguía pegado al muchacho como una sanguijuela. ¿Qué? ¿Acaso no había escuchado que algunos espíritus pueden falsificar cualquier voz para atraer a los incautos?

—¡Te-te-te-te digo que me sueltes! Toma, tengo un tesoro para darte. Es una moneda brillante que pulí —dijo Macario mientras retiraba de su cuello una moneda agujereada que había encontrado en la playa y que llevaba para atraer la buena suerte.

Las pequeñas manos agarraron su tobillo aún con más fuerza.

—Tam-tam-bién puedes quedarte con mi olla de conchas prietas —ofreció Macario.

Entonces, aquella voz de niña respondió algo inesperado: que no le interesaba la moneda, que ella disfrutaba de todas las conchas del

manglar y que lo que necesitaba era su ayuda. ¡Su ayuda! Si de verdad se trataba de una niña y luego ella contaba en el caserío que él se había asustado tanto, de su reputación no quedaría ni un grano de arena.

14 Ante esto, Macario aceptó socorrerla. Las manos liberaron su tobillo y desaparecieron entre las raíces. Al salir de nuevo, sostenían un pajarito.

—Está muerto —dijo la voz con tristeza.

Macario suspiró con impaciencia. Había esperado que le dijera que el ave estaba herida y que le ayudara a curarla, o algo por el estilo.

—Bueno, quiero decir, ¡qué pena! Pero, si el pájaro ya está muerto, ¿qué esperas que haga? —preguntó molesto.

—Ayudarme a enterrarlo —contestó la voz con la sencillez de las respuestas que no dejan dudas.

Macario comentó que la arena del manglar era muy suave, que no sería ningún problema para ella cavar un pequeño agujero para enterrar al pajarito y que, por lo tanto, no requería de la ayuda de él ni de nadie.

—Es que no quiero hacerlo sola. No tengo experiencia con entierros y, además... tú eres el primer humano con quien he hablado —dijo la voz.

—Pues claro, si te escondes así, solamente podrás hablar con los animales —se burló el muchacho.

—Mmmjá —musitó ella con brevedad.

Macario sintió que debía aceptar. De esa manera podría conocer a aquella niña que le inspiraba tanta curiosidad.

—Primero, debes salir de tu escondite —sugirió Macario mientras tomaba al pajarito en sus manos.

Era un ave pequeña que jamás había visto antes, de plumas amarillas, azules, verdes y negras. Sus delicados párpados parecían de papel. Macario sintió una punzada en el pecho.

—Sal de ahí de una vez. Tengo hambre —insistió para cambiar sus pensamientos, forzándose a recordar la actividad en que se hallaba antes de aquel extraño encuentro—. Deja de llorar por un pájaro.

—Es que no es un pájaro, es el manglar —gimió la voz.

—Es del manglar, querrás decir. Un pájaro del manglar. Puedes contármelo todo a medida que lo enterramos. ¿Qué te parece? Así, mientras tú lo sostienes, yo cavo el agujero —dijo Macario, tratando de sonar convincente.

16 Entonces, las manos se apoyaron en el suelo para impulsar y sacar el resto del cuerpo. Una cabeza con pelusilla blanca y rizada apareció primero. Era una mujercita pequeña y de piel negra que no medía más de un metro y cuarto de estatura. Tenía la frente completamente surcada por arrugas. Esto contrastaba con sus mejillas tersas, donde se delineaban dos hoyuelos cuando sonreía como lo hacía en ese momento. Estaba cubierta por una camiseta de un color celeste descolorido que bajaba hasta sus rodillas, que de lo flacas y secas parecían nudos de cuero.

Macario la miró asombrado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

Ella se alzó de hombros.

Macario supuso que no quería decirlo y no insistió.

—¿De dónde vienes? No te he visto por aquí.

—De un círculo etéreo —respondió ella.

El muchacho tuvo dificultad en entenderla hasta que recordó el circo que había pasado por el caserío; un circo en donde la mayor atracción habían sido los trapevistas, que parecían volar por el espacio, y los payasos enanos, disparados desde un cañón grandote y anunciados como «balas humanas». ¡Estaba clarísimo! Ella quería decir «circo aéreo» y, seguramente, era una de las enanitas.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber Macario con curiosidad, puesto que el circo se había marchado semanas atrás.

—Me enviaron a este sitio. Vendrán por mí cuando sea el momento —explicó ella.

—¡Qué increíble! Te dejaron aquí solita.

—Mmmjá —musitó ella de nuevo.

—Y ni siquiera estás molesta por eso —dijo Macario admirado.

—Vamos a enterrarlo —propuso ella, señalando con un gesto de su barbilla al pajarito.

—Bueno. Vamos. Tenlo. Yo cavaré —pidió Macario, arrodillándose en el suelo y empezando a cavar con las manos.

Mientras tanto, ella se puso a cantar. Era una canción hermosa pero muy melancólica que hablaba del manglar y de la vida que había allí. Al muchacho le pareció escuchar a los insectos, el canto de los pájaros, el chillido de los monos, el gruñido del jaguar, el aletear de los murciélagos, todo dentro de una voz.

—Me gusta esa canción, tiene algo de magia, aunque la cantas con un tono muy triste.

—Mmmjá.

—De seguro que te la enseñaron ellos. También tenían un mago.

Macario se refería a la gente del circo. Ella dijo que no lo comprendía. Él sospechó que quizás era un poco sorda.

—Y, ¿tú? —preguntó ella de golpe.

—Yo, ¿qué? —respondió el muchacho, que levantó la mirada y se topó con los ojos dorados que giraban dentro de unas órbitas blanquísimas, tan blancas como los pequeños dientes

que los labios carnosos dejaban al descubierto en ese instante.

—¿Cómo te llamas?

—Macario. Macario Alonso —se presentó, pensando en que aquella niña-anciana o anciana-niña de cabellos blancos era el ser más extraño que había conocido en su vida y, sin embargo, no le inspiraba desconfianza.

Ella repitió el nombre unas cuantas veces y dijo que le gustaba, que era muy bonito.

Se quedaron en silencio hasta que el agujero estuvo lo suficientemente profundo. De repente, Macario tuvo una idea. Caminó hacia una mata y arrancó algunas hojas con las que envolvió al pajarito.

—Listo. Ahora podemos enterrarlo. Ya tiene su mortaja —explicó con formalidad.

Ella introdujo con cuidado el cuerpo del ave en el agujero. Una pluma amarilla se quedó pegada en su mano. La besó y se la colocó entre los cabellos. Macario ayudó a cubrirlo y, aunque no habían rezado, dijo:

—Amén.

Ella se lo agradeció con una sonrisa.

—¿Qué te parece si decimos que se llamaba Pascual, Pascual Volador, y hacemos una cruz para escribir su nombre? Yo tengo un lápiz —propuso Macario.

—Él es el manglar —insistió ella.

—No es un buen nombre para un pajarito.

20 Además nunca había visto uno así en estos lugares, lo que me parece extraño, muy...

Macario se detuvo. «¿Y si ella lo trajo de otra parte? Eso es posible», reflexionó en silencio. En eso, ella interrumpió sus pensamientos.

—Me gustaría que me des un nombre —dijo y se señaló el pecho con el dedo índice.

—María —sugirió el muchacho sin detenerse a escoger uno—. Así se llamaba mi abuela.

—María, María —repitió ella, entornando los ojos y cruzándose de brazos—. Me gusta.

—María Manglar. Para que también lles el nombre que le diste al pájaro, ¿te parece? —insinuó Macario.

—Mmmjá —respondió María Manglar.

Retiró la pluma amarilla de sus cabellos y la colocó en el pequeño montículo que señalaba la tumba donde yacía el pajarito, mientras lloraba en silencio.

—No llores. Era solo un pajarito. Ya encontrarás otro —la consoló Macario.

—Lloro por todos —susurró ella, limpiándose las lágrimas con las manos.

Él comentó que, si empezaba a llorar por cada uno de los pájaros muertos en el manglar, nunca podría detenerse.

—Lloro por el manglar —explicó, mirándolo fijamente.

Sus ojos húmedos despidieron destellos dorados.

—¿Lloras por este manglar?

—Mmmjá —contestó ella.

—¿Por qué? ¡Dímelo!

A Macario le molestaban las adivinanzas, por eso insistió en saber el motivo de su llanto.

—Porque va a morir —respondió María Manglar, de tal manera y con tanta certeza que